



www.marisa-fernandez.es

TRAGASUEÑOS

MICHAEL ENDE

En Dormilandia, lo principal para todo el mundo es el dormir. Por eso se llama así el país. Y no es lo más importante cuántas horas pueda uno llegar a dormir sino lo bien que las duerma, Porque existe una diferencia entre dormir y dormir bien, En opinión de los dormilandeses, quien duerme bien es de carácter amable y tiene la cabeza clara, Por eso nombran rey a quien más profundamente logre dormir. Hubo allí una vez un rey y una reina que tenían una hija llamada Dormilina. Es un nombre bonito, ¿no? Y la princesita era también una niña muy bonita. Todo el que la veía tenía que reconocerlo. Dormilina vivía con sus padres en el palacio de los Sueños y dormía entre sábanas blanquísimas en un gigantesco lecho con dosel. Sin embargo, la princesita Dormilina nunca quería acostarse, llegada la noche, y cada vez encontraba nuevas excusas para permanecer levantada un ratito más. La verdad es que tenía sueños muy feos. Eso ya es malo para las personas mayores, y peor aún para los niños, pero para una princesita llamada Dormilina y que vive en Dormilandia es terrible.

-¡Parece mentira!- decía la gente, y movía preocupada la cabeza.

El rey y la reina estaban cada día más intranquilos, y por eso no dormían tan bien como hubiesen debido. A la pequeña princesa se veía cada vez más pálida y delgada. Finalmente, el rey hizo pegar carteles en todas partes y poner anuncios en todos los periódicos, prometiendo una gran recompensa a quien lograra librar a su hija de las horribles pesadillas. Pero nadie se presentó.

-¡Ya estoy harto! - dijo el rey un día-. ¡Yo mismo iré en busca del remedio!

-¡Sí, hazlo!- asintió la reina, y en seguida se puso a plancharle la ropa de viaje, que no se ponía desde hacía mucho tiempo.

Además le llenó de provisiones una mochila. Así equipado, el rey partió. Preguntó a todas las personas que encontraba: cobradores de tren y bomberos, maestros de escuela y obreros de fábrica, taxistas y verduleras, vaqueros y esquimales, negritos y viejos sabios chinos pero no hubo nadie que conociese un remedio contra los malos sueños.

Al final, el rey estaba rendido y muy desanimado. Ya no sabía adonde ir. Y no quería volver a casa sin haber solucionado nada. Por lo tanto, siguió ando y que andarás, sin fijarse en el camino. El cielo se ponía cada vez más oscuro, porque faltaba ya poco para la noche. Soplaban un viento helado, y del cielo empezaron a caer copos de nieve. El rey ni siquiera se daba cuenta de que, entre tanto, había llegado el invierno.



www.marisa-fernandez.es

El pobre rey se vio perdido. Había ido a parar a un gran brezal. Los nevados arbustos parecían extrañas y misteriosas figuras. Pero el rey estaba demasiado triste y cansado ahora para asustarse.

Al cabo de un rato vio relucir y centellear algo entre las matas. Parecía un pedacito de plateada luz de luna, y saltaba tan aprisa de un lado a otro, que apenas se le podía seguir con los ojos.

Cuando estuvo más cerca, el rey distinguió que ese pedacito de luz de luna tenía brazos y piernas y una gran cabezota llena de pinchos, como un cardo o un erizo. El pequeño ser miró al rey con sus brillantes ojitos de estrellas, y su cara formó mil simpáticas arruguitas al moverse, Pero lo más sorprendente de ese personaje era su enorme boca, que se abría de continuo como el pico de un pajarito hambriento.

-¿Quién me invita? ¡Ay! ¿Quién me invita? -gritaba sin cesar el hombrecillo, con voz fina y crepitante- ¡Tengo un hambre horrible! Si nadie me invita pronto a comer, tendré que tragarme a mí mismo...

Y abrió la boca de una manera tan desmesurada, que no sólo la cabeza, sino también toda su flaca figura desapareció detrás del agujero.

-Me he extraviado- dijo el rey-. Dime, por favor, cómo puedo salir de este brezal.

-De aquí no sale nadie- respondió el hombrecillo-, como no sea conmigo. Y yo sólo puedo salir si alguien me invita a comer.

El rey rebuscó en su mochila, pero estaba vacía.

-Lo siento. No me queda nada -dijo el rey, muy amable-. De lo contrario, con mucho gusto te daría un bocadillo.

-¡Uf, que porquería! -exclamó aquella especie de duende con descaro-. ¡Eso no me lo comería de ninguna manera! Por lo visto no me conoces, ¿eh? No sabes lo que a mí me gusta. Y... ¿se puede saber qué buscas por aquí?

Busco a alguien capaz de librar a mi hija Dormilina de sus feos sueños -contestó el rey. El hombrecillo de luz lunar dio un brinco y, de repente, se mostró muy cortés.



www.marisa-fernandez.es

-Qué suerte, qué requeterequetequesuerte! -bisbisó-. Así que hoy mismo tendré algo rico que comer... ¡Me invitan, me invitan...! ¡Corre, dame tu abrigo! Y también tus botas. ¡Ah!, y tu bastón, para que pueda acudir a la invitación.

El rey estaba tan atónito, que se lo dio todo sin discutir.

-Piensas que quiero apoderarme de tus cosas sin más ni más, ¿eh? -rió el pequeño ser-. Y así es, de momento. Pero no soy ningún ladrón. Pronto verás lo bien que has hecho en no negarme nada.

Con ello nos has ayudado a los tres: ¡a ti mismo, a ti hija y sobre todo, a mi, El Tragasueños!

El hombrecillo silbó, hizo un chasquido con la lengua y, antes de que el rey pudiese preguntar lo que significaba todo aquello, había transformado las cosas: el abrigo era ahora una hermosa hoja de papel blanco; el bastón, una imponente pluma, y las botas un tintero gigante.

El hombrecillo introdujo la pluma en el tintero y, con la velocidad del viento, escribió lo siguiente en la gran hoja de papel:

"Tragasueños, Tragasueños,
ven con tu cuchillo de asta
y tu tenedor de cristal
y abre esos labios pequeños
cómete los malos sueños
que de noche me dan miedo.
Deja los sueños felices
para mí, yo te lo ruego.
Si así lo haces, Tragasueños,
volverá a mí el buen humor,
y por eso Tragasueños,
tu serás mi invitado...
¡el invitado de honor!"

Seguidamente, el extraño personaje enrolló el papel y se lo entregó al rey.

-Ahora -ordenó- corre al cuarto de Dormilina y dile que recite el verso. Espero tener pronto en mi estómago un sueño de esos tan pesados para otros y sabrosos para mi.



www.marisa-fernandez.es

¡Ya se me está haciendo agua la boca! Pero, hombre, no te quedes ahí parado! ¡Echa a correr de una vez!

-Es que... ¿sabes? - contestó en rey, preocupado-.

Cuando llegué aquí, hacía ya mucho tiempo que viajaba. Mi castillo está al otro lado del mundo.

¡Tardaré mucho en llegar junto a Dormilina!

-¡uf, que lentos y fastidiosos sois los hombres! -gruñó el plateado duende-. ¡Yo no puedo moverme de aquí mientras no me llamen leyendo en voz alta esta invitación!

-¿Qué hacemos, pues? -preguntó el rey, desanimado.

-¡Sabes que? -rió el personaje-. Puedes llamarme tú, en nombre de tu hija.

-¿Crees que eso servirá?

-Hemos de probarlo -dijo el hombrecillo-.

¡Anda, empieza ya!

Sacó de su bolsillo derecho un cuchillito de asta y del izquierdo un tenedorcito de cristal, y se colocó en posición de partida, como un atleta.

El rey desenrolló la gran hoja de papel y quiso empezar a leer pero entonces se le ocurrió algo y bajó las manos.

-Escucha, Tragasueños -dijo con angustia-.

Cuando tú te hayas ido, ¿qué será de mí? Nunca encontraré el camino de mi casa desde aquí. Y no tango abrigo, ni zapatos. ¿Quieres que muera de frío?

-¡Bah, bah, bah! -refunfuñó el hombrecillo- ¡Qué poco prácticos sois los hombres! Mira, súbete a mis hombros y yo te llevaré.

El rey era bastante corpulento y dudaba mucho de que el diminuto ser pudiera transportarle. Pero no tenía más remedio que intentarlo. Se sentó con precaución



www.marisa-fernandez.es

sobre los puntiagudos hombros del duende, desenrolló de nuevo el papel y leyó en voz alta la curiosa invitación.

Apenas pronunciada la última frase, el Tragasueños salió disparado por los aires.

-¿Ves como puedo? -chillaba éste -. ¿Lo ves?

-D...d... ime -tartamudeó el rey, casi sin aliento, a la vez que se sostenía el sombrero-.

¿Es... cierto que tú te co... comes los malos sueños?

¡Sssssmmmmm!

Ahora volaban por encima del Polo Norte.

-¡Ya lo creo! ¡Con rabo y todo! -contestó el hombrecillo-. ¿Cuanto peores y más largos son, mejor!

¡Wuuuuuuuuuu!

Atrás quedaba América.

-¿Y los sueños dulces y buenos -preguntó el rey, a quien ya le faltaba el aire- no te gustan?

¡Qué raro!

-¡Nada raro! -jadeó el Tragasueños, también un poco cansado-. ¿Acaso no sabes que lo que más les gusta a los erizos son las serpientes y los caracoles?

Podrías decir, pues, que yo soy un erizo de los sueños. Por eso me gustan las pesadillas. Así soy, y esa es mi labor, ¡y basta!

Huisssshhhhhhh!

Pasaban por encima de África.

-P... p... pero ¿por qué...?-balbuceó el rey que no salía de su asombro-. ¿Por que no acudes tú solo, sin que te llamen, a donde hay malos sueños?



www.marisa-fernandez.es

-¡Ya te lo dije, caramba! -resopló el hombrecillo-. Sólo puedo ir si me invitan. Yo solo tomo lo que me dan...

¡Pum! De golpe, el mundo volvió a estar quieto.

Cuando el rey miró en derredor suyo, se encontró en el suelo de la habitación de su hijita. La reina estaba sentada a la cabecera de la cama de Dormilina, y las dos le miraban con asombro.

-¡Ya lo tengo! -gritó el rey, enseñándoles el papel escrito. Y los tres se abrazaron emocionados.

Desde entonces, la princesa Dormilina, cada vez que tenía miedo de algún sueño malo, leía en voz alta la invitación. Nunca llegó a ver al misterioso personaje, pero a veces, mientras se dormía, oía una vocecilla fina y crepitante que decía:

-¡Duerme tranquila, hijita! Yo vigilo. ¡Y muchas gracias por la invitación!

El Tragasueños debía estar realmente allí, porque la princesita no volvió a tener ni una sola pesadilla. Sus mejillas se pusieron coloradas y redondas como antes, y todos los habitantes de Dormilandia se sentían orgullosos de ella, porque nadie dormía tan bien como la princesa.

Y para que todos los demás niños puedan llamar al Tragasueños si lo necesitan, el rey mandó escribir e imprimir toda la historia en forma de libro, con los versos y todo.

Y aquí lo tenéis.